

Federico Finchelstein

FASCISMO, LITURGIA E IMAGINARIO EL MITO DEL GENERAL URIBURU Y LA ARGENTINA NACIONALISTA

Introducción

Nuestra desgracia tan hondamente sentida en todo el país, ha reavivado el espíritu que creó el 6 de Septiembre, y nuestro General, como lo dijo el Doctor Ramos, ha dejado de ser el jefe que manda pero es el símbolo que vive.

Carta de Alberto Uriburu al teniente coronel Juan B. Molina, 16 de junio, 1932.¹

El objetivo de este libro es analizar las dimensiones simbólicas del fenómeno nacionalista. Éste conforma un universo heterogéneo de instituciones y asociaciones que tienen la particularidad de ser artefactos nominales para promover una acción política que incluye a todos los nacionalistas que militan en ellas. Las distintas asociaciones nacionalistas como la Liga Republicana (1929-1936), la Legión Cívica Argentina y la Legión de Mayo (1931-1936), Asociación Nacionalista Argentina (ANA) y Afirmación de una Nueva Argentina (Aduna, 1932-1936), Amigos de Crisol (1936-1943), Partido Fascista Argentino (1932-1935), cons-

tituyen los lugares de enunciación del discurso político para un elenco cambiante de personajes nacionalistas que a lo largo de la década se pasan de unas a otras al mismo tiempo que participan conjuntamente en una amplia gama de prácticas culturales y políticas. Esta situación no llamaba la atención de los contemporáneos, aunque fuese reconocida como perjudicial para el nacionalismo. Los miembros de estas instituciones se sintieron parte de un todo nacionalista que iba más allá de la existencia individual de los distintos grupos. Esta situación debe ser historizada, es decir, debe ser entendida como un proceso histórico específico y «en movimiento» en el cual, de todas formas, se pueden observar importantes continuidades. Los nacionalistas conforman un mundo heterogéneo que a lo largo de la década del treinta no termina de encontrar su unidad política pero que hace esfuerzos explícitos por hacerlo. La historia del mito de Uriburu es la historia de un fracaso. Los nacionalistas no fracasaron en su propósito de que la figura de Uriburu se convirtiese en su mito fundador sino que fracasaron en conseguir que esa identidad colectiva progresivamente aceptada por todos pudiera expresar la realidad de un movimiento nacionalista unificado. Para comprender el desarrollo de este proceso es necesario analizarlo en términos que contemplen tanto la posibilidad de su historización como asimismo la necesidad de un intercambio crítico con las fuentes.

Este trabajo intenta comprender cómo, a principios de la década de 1930, a partir de la figura mítica del recientemente fallecido general José F. Uriburu y del golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930 por él encabezado, que pasó a ser representado como una «gesta», distintos nacionalistas de extrema derecha ritualizaron y revivieron a través de determinadas prácticas estas construcciones míticas o inventadas. El estudio de este tipo de fenómenos puede ayudar significativamente a tener una imagen más comple-

ta y dinámica sobre las actividades, las experiencias y las identificaciones grupales de los nacionalistas que generalmente han sido vistas por gran parte de la historiografía sobre el período, como una masa estática que sólo puede ser analizada a partir de los «postulados teóricos» de algunos de sus intelectuales. Contrariamente, este trabajo parte de la premisa de que los distintos grupos nacionalistas, al menos durante los primeros cinco años de la década del treinta, se caracterizaban y tenían en común más la adscripción a un colectivo de motivos compartidos y continuamente cambiados, entre los cuales «el mito del general Uriburu y de su revolución» ocupaba un lugar preeminente, y menos a una ideología unificadora y/o a un aparato doctrinario.

El mito uriburista tuvo desde el principio una evidente funcionalidad política. Es paradigmático en este sentido el caso de Aduna. Esta asociación fue creada en mayo de 1933 y su duración fue breve, al igual que otros intentos de confederación para el nacionalismo, y luego de su fracaso se fusionó con la ANA. Aduna se planteó como una organización «paraguas» que pretendía nuclear a los distintos grupos nacionalistas miembros: la ANA, la LCA, la Agrupación Uriburu y el Partido Fascista Argentino entre los más importantes. Estos grupos reconocían la necesidad de un mando político unificado. Como ha señalado Navarro, el conocimiento personal que Juan P. Ramos tenía de la Italia fascista y asimismo el estrecho vínculo que había mantenido con Uriburu, eran las principales razones que explicaban su nombramiento como «jefe» de Aduna.² Ramos se presentaba y era presentado como un líder esencialmente uriburista. Ésta era su principal carta de legitimación al interior de la formación nacionalista a la que pretendía mantener unida a partir del mito uriburista. Para la mayoría de los nacionalistas argentinos la ideología del movimiento era uriburista, es decir, se expresaba en las «Ideas políticas del

general Uriburu». ³ La continua construcción del relato mítico se relacionaba con la adscripción en parte real y en parte ficticia de distintos motivos a la figura mítica de Uriburu. La ideología uriburista era definida en general como fascista y extremista pues, según se sostenía, estos motivos habían caracterizado el pensamiento de Uriburu. En este marco, el fracasado liderazgo de Ramos intentaba plantearse como la personificación contemporánea de esas supuestas verdades articuladas por el mito. En palabras de Ramos la ideología del nacionalismo no se articulaba en torno a una doctrina sino más bien alrededor de un sentimiento compartido por todos: el recuerdo de Uriburu y el acatamiento de su liderazgo virtual en el presente. Para Ramos, las acciones de Uriburu no sólo demostraban la genialidad de su personalidad de líder sino que también representaban la ideología del movimiento. ⁴ La doctrina del adunismo era esencialmente uriburista:

El Adunismo sostiene y define lo que tienen de común todos los grupos nacionalistas argentinos [...] El Adunismo es una doctrina que nace de los ideales del General Uriburu, se asienta en principios que ha elaborado en más de diez años el fascismo italiano y realiza su adaptación armoniosa a las necesidades y modalidades de la vida nacional argentina. ⁵

El adunismo, como todas las organizaciones nacionalistas, definía su imaginario político a partir del legado real e imaginado de Uriburu articulado por el mito. Ramos era un académico y literato nacionalista que se había preocupado por ver las posibilidades de establecer una cultura argentina que, rescatando las riquezas telúricas e «ingenuas» de las masas argentinas, generase en ellas la aceptación de la superioridad de un grupo de hombres selectos en términos culturales y espirituales. ⁶ En términos políticos, para Ramos, Uriburu expresaba esa superioridad, una «revisión de

los valores éticos de la nacionalidad», que era asimismo aceptada por las masas. Como jefe del nacionalismo, Ramos se ubicaba bajo el ala mítica de Uriburu y era su representante terrenal: «Mientras tanto general vive en espíritu en nosotros, y recibe el juramento de quienes te dicen, en este instante por intermedio de mi palabra emocionada, que han de ser cada vez más dignos de ti».⁷

Como ahijado político de Uriburu, Ramos quería convertirse en el artífice de diversas prácticas relacionadas con su recuerdo. En un acto en el teatro Coliseo en 1933, del cual un periodista nazi sostuvo que había sido «el punto más alto del festejo en conmemoración del General Uriburu y del recuerdo de la Revolución del 6 de Septiembre»,⁸ Ramos sostenía que la imagen de Uriburu y del golpe de Estado eran la esencia de su «corriente espiritual» en «pensamiento y fuerza». Para Ramos, como para muchos otros nacionalistas, el mito de Uriburu representaba el programa político del presente y asimismo la promesa voluntarista de un futuro cercano y venturoso para sus seguidores: «Aún nos afecta la memoria de Uriburu, que ya no sólo es únicamente la memoria afectiva de un hombre, a nosotros nos consolida aquí el convencimiento de una creencia, la fuerza de la esperanza».⁹

Si bien para muchos nacionalistas este «hombre de libros» era un «*duce* innato» por su inteligencia pero más importante que ello por «la alta estima en que le tenía el general Uriburu».¹⁰ Para otros nacionalistas como el almirante Renard, Ramos era demasiado intelectual, era un «teórico», para poder reemplazar a Uriburu que había sido un hombre de acción.¹¹ Poco después de establecido el liderazgo de Ramos, se creó otra agrupación paraguas llamada Guardia Argentina que, presidida por el poeta Leopoldo Lugones, también intentó vanamente mandar sobre todos los grupos nacionalistas. Lugones también sostenía que el nacionalismo debía agruparse alrededor de una

bandera común: «La Revolución de Septiembre debía ser esa bandera y el General Uriburu el inspirador de ella”.¹²

La mayoría de los nacionalistas coincidía en la necesidad de buscar inspiración política en el legado uriburista, parcialmente real y parcialmente inventado, que el mito proponía. Menos evidente era la manera en que la adopción de ese legado mítico debía vincularse con la percepción de la política contemporánea. Esta situación era planteada con palabras de angustia que repetían casi compulsivamente aquellas vertidas el 29 de abril de 1932, día en que había fallecido Uriburu, dos meses después de dejar la presidencia. Con su muerte se profundizaba el camino de incertidumbre abierto para gran parte de los nacionalistas a partir del fracaso de sus propuestas autoritarias y su consecuente fracaso en el gobierno del país. El general Justo, su sucesor, no contribuyó a calmar esa incertidumbre, pues sus políticas eran juzgadas de forma negativa como liberales. Como escribía Enrique Osés en un folleto publicado por el diario *Crisol* que circulaba de mano en mano a fines del período que estudiamos, expresando quizás una sensación común a muchos nacionalistas:

No ha habido, por cierto, entre todo lo que se ha escrito y dicho, un juicio desapasionado sobre La Revolución de Septiembre. No podía haberlo, desde el instante en que Septiembre es, más que un trueque de gobierno y de hombres, una solución de continuidad en la vida del país, demasiado sensible como para que la historia contemporánea que estamos escribiendo y viviendo, suelde fácilmente las dos etapas: la que concluye el 6 de septiembre mismo, con la toma del Poder por el general Uriburu, y la que comienza con la asunción del mando por el general Justo.¹³

A pesar de expresiones de este tipo, las críticas a Justo no se concentraban generalmente en su persona, por diferentes razones. Muchos nacionalistas no ignoraban el hecho

de que Justo era el mayor responsable del fracaso de Uriburu en el gobierno y sin embargo no lo criticaban pues consideraban que era una alternativa frente al radicalismo.¹⁴ Justo además no había rescindido el decreto de Uriburu de febrero de 1932 que le daba a la LCA (fundada por el mismo Uriburu en mayo de 1931)¹⁵ un estatus legal, y le había permitido a esta organización paramilitar que continuara utilizando edificios oficiales y privilegios de correo. Asimismo les había ofrecido a muchos nacionalistas puestos poco importantes en el gobierno. Como señala Sandra McGee Deutsch, Justo utilizó a «la LCA en sus maniobras para enfrentar a la izquierda con la derecha y a oficiales uriburistas con oficiales radicales [en el Ejército], usualmente en beneficio de la derecha. Al mismo tiempo presentó a las fuerzas democráticas su gobierno como la única alternativa al nacionalismo».¹⁶

El presidente Justo había reivindicado públicamente la figura de Uriburu durante su sepelio, aunque ligando la trascendencia de sus acciones a una coyuntura que ya no existía:

El patriotismo no consiste solamente en el amor casi instintivo del hombre por la patria sino que siendo virtud es sacrificio y se concreta en hechos en las horas comunes y en las horas solemnes en que peligran sus instituciones o su existencia.

El presidente reconocía en su predecesor una gran voluntad de sacrificio personal y presentaba el fracaso de Uriburu en el gobierno como una muestra de amplitud democrática de la que se podía aprender, pues era posible «recoger de su vida y de su obra la digna enseñanza que de ella fluye»: «No es adelantarse al juicio severo e imparcial del Supremo Tribunal de la posteridad, afirmar ya que la Historia registrará en sus páginas más destacadas el nombre de este

ciudadano [...] quien poseyendo íntimas, profundas convicciones políticas, lejos de imponerlas desde el Gobierno, supo reservarlas para sí cuando se persuadió de que la mayoría de sus conciudadanos no participaban de ellas».¹⁷

Justo estaba rodeado de un amplio espectro de políticos conservadores (diputados, senadores, intendentes) que coqueteaban con las distintas formaciones nacionalistas (que por su parte pretendían apartarlos de la Concordancia) y muchas veces participaban de las distintas prácticas políticas y representaciones míticas de la memoria de Uriburu.

Estos políticos, a través del Senado Nacional y de la Cámara de Diputados, de los consejos y de municipalidades como la de Córdoba, Mendoza, Balcarce, Lobos, Esteban Echeverría o Azul entre muchas otras, o incluso de gobernaciones como las de Salta, Jujuy, Catamarca y Buenos Aires (en particular bajo las administraciones de Federico Martínez de Hoz y de Manuel Fresco luego), brindaban en muchas ocasiones cobertura oficial a los distintos actos conmemorativos declarando, por ejemplo, feriados y asuetos administrativos y posibilitando la nominalización uriburista de calles, avenidas, rutas, y ciudades.

El gobernador de la Provincia de Buenos Aires, Federico Martínez de Hoz, era en este sentido un ejemplo típico. Representante del Poder Ejecutivo Nacional en el primer aniversario de la muerte de Uriburu en 1933, había asistido a los actos que se organizaban en la ciudad de La Plata,¹⁸ y un año antes había sostenido frente a su tumba que Uriburu era en realidad un representante de los «Ideales democráticos», que Martínez de Hoz vinculaba con el nacionalismo:

Tuvo y mantuvo la pureza de los ideales democráticos; se inspiró en el orden; buscó la paz [...] reavivó la llama recóndita del nacionalismo y sumó en su inmenso amor a la patria, la devoción a su pasada grandeza, la consagración a su presente y la fe en su futuro venturoso.¹⁹

Para el gobernador bonaerense, ese futuro estaba desligado en términos institucionales de los grupos nacionalistas, uriburistas y/o fascistas argentinos que proponían en su gran mayoría la abolición de esos «ideales democráticos». Las diferencias políticas y programáticas entre los representantes conservadores de la Concordancia y la formación nacionalista eran amplias pero ambos se usaban a partir del recuerdo de la «revolución de septiembre» de la que todos extraían diferentes conclusiones: para los primeros las acciones de Uriburu habían sido necesarias por haber sido producto de una particular coyuntura, mientras que para los segundos, con diferentes matices, el golpe de Estado tenía connotaciones míticas personificadas en la figura de Uriburu.²⁰ Estas diferencias explicaban las dificultades en la relación y mataban crecientemente el apoyo o la falta de críticas al gobierno de Justo. Para muchos nacionalistas la diferencia de interpretación sobre los sucesos del año treinta eran evidentes, para el adunista Luis F. Gallardo la ambigüedad en las relaciones no era tanto el resultado de una política deliberada de los conservadores sino que resultaba de la ambigüedad aparentemente intrínseca en estos: «Enarbolan simultáneamente el nacionalismo y la democracia, antítesis que escapa a toda alianza. Pese a sus increíbles errores y al fraude escandaloso con que amordazan al sistema de que se dicen producto. Este fraude es el regocijo de sus dirigentes». Gallardo se refería a los conservadores de todo el país y a los de la Provincia de Buenos Aires en particular: «los conservadores de la Provincia de Buenos Aires pretenden ser la imposible conjunción del espíritu renovador y de la demagogia más infecta, sin comprender que lo uno excluye a lo otro. O sea que nosotros los excluirémos a ellos». Más allá de su expresión de deseos, Gallardo se enojaba por la poca disponibilidad de los conservadores para comprender que no debían participar en actos políticos nacionalistas relacionados con el mito uriburista:

Los jóvenes nacionalistas venimos repitiendo estas mismas verdades desde hace dos años y no hay conmemoración de Septiembre ni acto contrario a los políticos, en que los conservadores no se instalen en primera fila, aceptando con sonrisas los insultos que les dirigimos [...] odiados por el nacionalismo y por el comité, se consideran en perpetua luna de miel con ambas tendencias opuestas.²¹

Para nacionalistas como Gallardo, el gobierno provincial presidido por Martínez de Hoz era la expresión más acabada de «las actitudes de estos tristes personajes».

La relación entre conservadores y nacionalistas era ambigua y se relacionaba con la posibilidad barajada por los conservadores de utilizar a los nacionalistas como grupos de choque para combatir a sus adversarios políticos. Así cuando a partir de un conflicto político en la cúpula del PDN a principios de 1935, el gobernador Martínez de Hoz, ya sin apoyos dentro de su propio partido, nombró en su gabinete a nacionalistas de la ANA (fundada en 1932) y la LCA; se vio obligado a lanzar un manifiesto adhiriendo a los objetivos políticos de Uriburu. Cuando la legislatura provincial le pidió la renuncia y comenzó su juicio político, cuatrocientos nacionalistas de estas organizaciones y asimismo de la Liga Republicana y la Legión de Mayo, intentaron bajo el mando del teniente coronel Kinkelín defenderlo por la fuerza y ocuparon la ciudad de La Plata²² como representantes políticos del extinto general Uriburu, del que ambas organizaciones, como casi todos los grupos nacionalistas con la notable excepción del pequeño grupo de los hermanos Irazusta,²³ se declaraban sus herederos y lo reivindicaban como líder simbólico y guía político.²⁴ Luego de su previsible derrota y de la renuncia del gobernador, Federico Ibarguren, uno de los jóvenes nacionalistas que participaron de esa acción, la explicaría en su diario personal como un combate político contra los enemi-

gos de la «revolución de septiembre», una derrota de la que también participaba el mismo general Uriburu y que refleja el pesimismo que la particular coyuntura de esos años de orfandad política determinaba en muchos nacionalistas:

De todas maneras, el conflicto está planteado entre nosotros y el gobierno que se ha solidarizado francamente -en esta incidencia de Buenos Aires- con la morralla profesional de los comités: enemigos de la Revolución de Septiembre. Significa, ni más ni menos, el triunfo político de Ruggerito sobre el general Uriburu... [...] ¿Qué podrá salir en definitiva de este lodazal? Sólo un montón de mierda hedionda.²⁵

Para Ibarguren, aunque no para otros nacionalistas, estos sucesos implicaban un punto de inflexión con respecto al gobierno y al presidente, como anotaba en su «Breviario Político»: «Con esta medida el gobierno del Gral. Justo se define, por primera vez, categóricamente, contra el *Nacionalismo*; y se declara aliado de la merza política que pretendía usufructuar -hasta ayer- la Revolución de Septiembre y el nombre limpio del Gral. Uriburu».²⁶

Para los fascistas cordobeses del Partido Fascista Argentino, que conformaban el grupo nacionalista más importante de esa provincia, los conservadores mentían conscientemente al sostener que eran los herederos de Uriburu, pues las ideas de este último eran las del fascismo: «Ustedes, los políticos profesionales de derecha que se dicen continuadores de la obra iniciada el 6 de septiembre, mienten a sabiendas, pues saben que el teniente general Uríburu, alma de la revolución y jefe del movimiento tenía nuestras mismas ideas de gobierno y de organización del Estado».²⁷

Que los nacionalistas, a pesar de expresiones como las de Osés, Gallardo, Federico Ibarguren o las de los fascistas argentinos, no criticaran en su gran mayoría a Justo no obedecía a su condición de general de la nación,²⁸ pues muchos señalaban que Justo se comportaba más como el inge-

niero que también era que como un general del Ejército Argentino. El gobierno de Justo era observado en sus primeros años primero con escepticismo y muchas veces con pesimismo pero casi nunca con una actitud francamente opositora, y cuando ésta aparecía no estaba en general localizada en su persona sino en determinados ministros provenientes del Socialismo Independiente, como Antonio De Tomaso y Federico Pinedo.²⁹

El silencio de muchos nacionalistas durante gran parte de la década del treinta con respecto a las falencias que desde su perspectiva veían en el gobierno de Justo se relaciona en gran parte con la creciente importancia de la posición de la Iglesia católica en los ámbitos nacionalistas.

El progresivo acercamiento de Justo con la Iglesia católica hacía dudar a muchos nacionalistas sobre la posibilidad de oponerse a un gobierno que, después de todo, era visto tanto por la Iglesia como por los nacionalistas, como una barrera contra el comunismo.³⁰

Notas

- 1.- AGN, Archivo José Félix Uriburu, legajo 23, doc. 370.
- 2.- Marysa Navarro Gerassi, *Los Nacionalistas*, Buenos Aires, Jorge Alvarez, 1968, p. 100.
- 3.- *Bandera Argentina*, 19 de septiembre, 1933, p. 2.
- 4.- Juan P. Ramos, «La ideología de la Revolución de septiembre», en: *Bandera Argentina*, 6 de septiembre, 1933, p. 3.
- 5.- Juan P. Ramos, «Significación del adunismo», en: *Criso1*, 1 de febrero, 1934, p. 9.
- 6.- Sobre la idea de cultura en Ramos véase Juan P. Ramos, «Das Argentinische Volkslied», en: *Zeitschrift des Deutschen Wissenschaftlichen Vereins*, s/f y Juan P. Ramos, *Los elementos de la idea de cultura*, Rosario, El círculo, 1932.
- 7.- «Discurso que podría ser programa. Palabras del doctor Juan P. Ramos ante la tumba del General», en: *Bandera Argentina*, 3 de

- mayo, 1933, p. 1.
- 8.- «Der Gedenktag der Revolution», en: *Deutsche La Plata Zeitung*, 7 de septiembre, 1933, p. 4.
 - 9.- «Aus der grossen programmatischen Rede des Führers der Aduna Bewegung, Dr. Juan P. Ramos am 6 September im Coliseo», en: *Deutsche La Plata Zeitung*, 8 de septiembre, 1933, p. 5.
 - 10.- «Juan P. Ramos», en: *Bandera Argentina*, 7 de mayo, 1933, p. 1.
 - 11.- Federico Ibaguren, ob. cit., p. 157.
 - 12.- Citado en: Carlos Ibaguren (h), *Roberto de Laferrére (Periodismo-política-historia)*, Buenos Aires, Eudeba, 1970, p. 64.
 - 13.- s/n, *Crisol. ¡Y esta es la verdad! Los beneficios de una Revolución*, Buenos Aires, 1936, p. 22.
 - 14.- Marysa Navarro Gerassi, ob. cit., p. 99. Parece excesiva la idea de la autora acerca de que para estos nacionalistas Justo representaba la única alternativa frente a un radicalismo recurrentemente insurgente, pues las fuentes sugieren que ellos mismos se consideraban en tanto movimiento una mejor alternativa política frente a dicho partido.
 - 15.- Fundada a imitación del ejemplo fascista italiano, entrenada por oficiales en actividad en cuarteles del Ejército, sus miembros usaban uniformes y grados. Véase María Inés Barbero y Fernando Devoto, ob. cit., p. 157. Para un análisis de esta temática véase asimismo el capítulo 5 de este libro.
 - 16.- Véase Sandra McGee Deutsch, *Las Derechas...*, ob. cit., p. 208.
 - 17.- Véase «Discurso del Excmo. Señor Presidente de la República General Don Agustín P. Justo al despedir los restos del Teniente General José F. Uriburu en el Salón Blanco de la Casa de Gobierno», en: Comisión Nacional de Homenaje Popular, *Discursos pronunciados en el acto del sepelio de los restos del Teniente General José F. Uriburu*, Buenos Aires, 1932.
 - 18.- *La Fronda*, 28 de abril, 1933, p. 1.
 - 19.- Federico Martínez de Hoz, «Discurso pronunciado por el señor Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, Don Federico Martínez de Hoz», en: Comisión Nacional de Homenaje Popular, *Discursos Pronunciados en el acto del sepelio de los restos del Teniente General José F. Uriburu*, Buenos Aires, 1932.
 - 20.- Consideramos incorrecta en este sentido la hipótesis de Dolkart acerca de que esos políticos conservadores que denomina «derecha moderada» coincidían con los nacionalistas en una mitología creada a partir de las imágenes de la «revolución de septiembre» y la figura de Uriburu; quizás ese sólo sea el caso de dos políticos autodenominados nacionalistas y uriburistas: Benjamín Villafañe y

Manuel Fresco. Para los grupos nacionalistas la imagen mítica del golpe de Estado estaba estrechamente ligada al «mito de Uriburu» y era en realidad una consecuencia de la construcción de dicho mito, y no a la inversa. A pesar de señalar correctamente la importancia central de la «Revolución de Septiembre» entre los grupos nacionalistas que la consideraban un punto de referencia, Dolkart ignora el hecho de que la figura mítica de Uriburu era un punto de referencia aún mayor, pues era considerado como veremos el «guía espiritual» del nacionalismo. En este sentido es importante señalar que la celebración del aniversario del golpe de estado era al menos similar en importancia a las innumerables prácticas relacionadas con el aniversario de la muerte de Uriburu. Para los conservadores, la figura de Uriburu era minimizada en relación con la importancia que se le atribuía al golpe de Estado, al que también denominaban «revolución de septiembre», pero no explicaban en términos míticos sino a partir de una coyuntura política excepcional que precisamente ya no existía gracias al golpe del 6 de septiembre de 1930. Véase Ronald Dolkart, ob. cit., pp. 68-69. Aunque al igual que Dolkart, Cristián Buchrucker no analiza el mito de Uriburu y su «obra» la «revolución de septiembre» en profundidad y sólo lo menciona al pasar, su posición parece más adecuada que la de Dolkart pues señala la centralidad de la figura de Uriburu en el proceso de construcción mítica: «Otro de los recursos de 'unidad' de los primeros años fue mantener vivo el recuerdo de Uriburu y la lealtad al 'legado' del 'héroe muerto' véase Cristián Buchrucker, *Nacionalismo y Peronismo...*, ob. cit., p. 211.

- 21.- Véase Luis F. Gallardo, «Sepulcros blanqueados», en: *Crisol*, 31 de agosto, 1934, pp. 1 y 4.
- 22.- Para una descripción de los acontecimientos véase María Dolores Béjar, *Uriburu y Justo: el auge conservador (1930-1935)*, Buenos Aires, Ceal, 1983, pp. 160-164. Asimismo véase Cristián Buchrucker, *Nacionalismo y Peronismo...*, ob. cit., p. 213 y Sandra McGee Deutsch, *Las Derechas...*, ob. cit., p. 214.
- 23.- Los hermanos Irazusta ya habían criticado a Uriburu en 1931 y al no sentirse cómodos con los grupos nacionalistas y frente a la necesidad de pasar a la oposición se acercaron, al igual que Manuel Gálvez, a la UCR, como señala Sandra McGee Deutsch: «mientras que los hermanos todavía criticaban a la UCR y la democracia, estaban dispuestos a aceptar ambas como medios para obtener un gobierno fuerte antiliberal y antiimperialista». Véase ibíd., pp. 206 y 207. Véase también Cristián Buchrucker, *Nacionalismo y Peronismo...*, ob. cit., p. 212. Desarrollamos brevemente la posi-

- ción de los Irazusta en las conclusiones de este trabajo.
- 24.- Véase «Programa de la LCA», en: *Bandera Argentina*, 6 de noviembre, 1932, p. 3 y para la ANA véase «Un enérgico y elocuente discurso pronunció en Mar del Plata el Teniente Coronel Emilio Kinkelín», en: *La Fronda*, 1 de febrero, 1933, p. 3.
 - 25.- Federico Ibaguren, ob. cit., p. 275. Esta conclusión escatológica también ha sido citada en María Dolores Béjar, ob. cit., p. 164 pero refiriéndose a una edición posterior de 1970.
 - 26.- Federico Ibaguren, ob. cit., p. 274.
 - 27.- «Carta abierta del Partido Fascista Argentino», en: *Bandera Argentina*, 2 de abril, 1933, p. 3.
 - 28.- Ésta es, con matices, la postura de Navarro Gerassi en ob. cit., p. 99.
 - 29.- Tanto De Tomaso como Pinedo habían colaborado en el golpe de Estado, véase Jeremy Adelman, «Socialism and Democracy in Argentina in the Age of the Second International», en: *Hispanic American Historical Review*, vol. 72, núm. 2, 1992, p. 236.
 - 30.- Como sostiene McGee Deutsch, durante los primeros años del gobierno de Justo la izquierda comenzó a ser considerada por los nacionalistas como una realidad más preocupante que aquella del radicalismo. Véase Sandra McGee Deutsch, *Las Derechas...*, ob. cit., p. 208.